

# JUAN GONZÁLEZ MORENO Y EL DIOS-SEGURA

JUAN TORRES FONTES

Hace ya muchos años, en la década de los cincuenta, mi relación con Juan González Moreno se acrecentó y fue continuada porque participamos uno y otro en muchos jurados de premios de Pintura y Escultura, así como en la concesión de becas e incluso en la búsqueda de modelos; lo mismo en la Batalla de Flores y un largo etcétera. Nuestra amistad se consolidó y, añadido, junto a él aprendí mucho de Arte y bastantes cosas más. Un día en mi casa, le comentaba el estudio que entonces realizada sobre el río Segura. Me lo había encargado la Confederación Hidrográfica del Segura y lo configuraba en la perspectiva de la trilogía agua, hombre y tierra, si bien acabaría preponderando la sucesión de riadas y de obras hidráulicas de contención o de ampliación de riegos. Extenso trabajo que por diversas circunstancias no se publicó, aunque sí sería utilizado parcialmente como introducción de nuevos proyectos y estudios. Inservible al paso del tiempo, fue una de las muchas investigaciones que pasaron a las estanterías del olvido.

Traigo aquí este recuerdo y hago este comentario, porque fueron varias las conversaciones que mantuvimos sobre el Segura que, en su fase huertana bien conocía Juan y de la que más de una anécdota y datos de su juventud surgieron en la conversación. En otra ocasión, más adelante, hablamos de la representación simbólica de los ríos en la Antigüedad. Cada uno aportó lo que sabía y recordaba. No fue la única vez que tratamos de este tema de la personificación antropomórfica de los ríos y su culto al ser divinizados en agradecimiento a su bienhechora participación en la fertilización de la tierra e incluso por facilitar el comercio.





Alegoría de Murcia

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"



De todo sabía Juan y cómo no, del divinizado y gigantesco Nilo de la escuela de Alejandría y de los dieciséis niños pequeños que sobre él se encaramaban por todas partes, simbolizando el número de codos que realizaba el río en su crecida; del cuerno de la abundancia en su mano izquierda y sobre la esfinge de Gizeh. También del Tíber, en la columna trajana con su corona de laurel y la loba del Lacio amamantando a sus cachorros. Incluso hablamos por la vía de Jorge Manrique cuanto simbolizaba el río en el irreversible curso de la vida, siempre paso adelante y su fin en la pluralidad del mar y después el olvido.

De todo esto hablamos y más de una vez –¿por qué no decirlo?– quedé admirado de la erudición de Juan González Moreno. No porque dejara de considerarle un hombre culto y más en el orden artístico, que era mucho lo que sabía, como también de su erudición, sino por la amplitud de conocimientos sobre un tema que entendía quedaba fuera de sus preferencias y obras.

Pronto tuve la explicación de todo ello cuando supe, aunque no la vi por entonces, la alegoría del río Segura que hizo para la Confederación Hidrográfica del Segura.

Y una consideración. En la concepción de una obra, aunque la idea se capte de la realidad o de figuras recordatorias de hechos, personas o cosas, la interpretación del artista no es repetitiva, sino que la realiza tal como imaginativamente la percibe y configura y que de alguna forma sea representativa, siempre que se intente mantener una línea clásica figurativa. De aquí el esbozo, el boceto como primer paso, cuya plasmación material permite corregir, modificar, omitir o añadir, una o más veces, hasta lograr la hechura deseada.

Hago estas consideraciones porque un día Juan González Moreno vino a mi casa, portaba un pequeño paquete en la mano que dejó sobre la mesa. Cazorro, sonreía, yo hablaba y él escuchaba, hablaba y oía, hablaba y callaba, hasta que inesperadamente llegó la sorpresa cuando deshizo el paquete y pude contemplar al dios-Segura, admirablemente bosquejado en la línea clásica de su representación antropomórfica. No era exactamente el boceto de la obra efectuada para la Confederación. Más completa, variantes en su composición, mayor abundancia de base, codo apoyado en tierra y sobre su cadera izquierda posaba la rodilla de un niño que intentaba alcanzar el pez que el dios-Segura mantenía en lo alto con su mano izquierda. Detrás, a todo lo largo del cuerpo el cuerno de la abundancia con profusión de frutos.

Y me explicó Juan que cuando realizaba un boceto lo hacía de distintas formas sobre una misma idea, pero cuando llevaba camino de la escayola como paso definitivo al bronce, había que simplificar lo hecho por las dificultades que muchos detalles suponían para su fundición, sin perjuicio de mantener la figura central de la obra. Lo que tiempo después también pude ver hasta tres bocetos,



totalmente terminados, de la figura del cardenal Belluga. Me enriqueció con su donación, ofreciéndome con ella una buena prueba de amistad. Amistad firmemente mantenida, tanto personalmente como por su colaboración en el Museo Salzillo y en esta Real Academia. Una obra valiosa para mí como recuerdo permanente de su amistad.

